En la imagen superior, jugando a la pelota a mano en Castrillo Tejeriego hacia 1925. Abajo, cazadores de la familia Recio, de Castrillo Tejeriego (autor de las fotos: Julián Recio Fuembellida (1897-1962), Archivo familia Recio Jaraba).





Arriba, Consorcio del Val Recio hacia 1960 con un carro cargado de remolacha para pesar y descargar en El Caño, en Castrillo Tejereigo (Archivo familia del Val Díez). En la fotografía inferior, actuaciones folklóricas organizadas por la Sección Femenina en Castrillo Tejeriego a comienzos de los años sesenta (Archivo familia Rey de la Fuente).





En la foto superior, curso de chicos de 1966-67 de la escuela de Castrillo Tejeriego (Archivo familia de la Fuente Sancho). Abajo, procesión de la Virgen de Capilludos en Castrillo Tejeriego en 1967 (autor de la foto: Salvador Sancho del Val (1947-2016), Archivo familia de la Fuente Sancho).







Dos nuevas celebraciones festivas en pueblos del Cerrato. En la imagen superior, escena captada junto a la portada de la iglesia de San Miguel Arcángel de Vertavillo. En la fotografía inferior, desfile de carrozas engalanadas con el monasterio de San Isidro de Dueñas, popularmente conocido como La Trapa, al fondo (fotos Ahppa, colección de Fernando Bellver Acevedo).

MAPA DEL CERRATO CASTELLANO



Mapa cedido por: ADRI CERRATO PALENTINO

MEDIOS DE TRANSPORTE

LA VENTA DE BAÑOS Y EL FERROCARRIL

Los medios de transporte han evolucionado de forma vertiginosa. Por eso, al echar la mirada atrás encontramos episodios que vistos desde la actualidad resultan sorprendentes. Sin ir más lejos, el nacimiento de una de las principales localidades cerrateñas, Venta de Baños, está relacionado con las comunicaciones.

Baños de Cerrato debe su nombre a los manantiales y termas que los romanos utilizaban con fines lúdicos y terapéuticos. La encrucijada de caminos en que se encontraba permitió a esta localidad ser un referente en las comunicaciones, ya en esa época. Lo cuenta estupendamente José María González Reglero en su libro *Historia de Baños de Cerrato y Venta de Baños*.

Ser un nudo de comunicaciones propició que fuese paso obligado de comerciantes en el siglo XVII, sobre todo los dedicados al textil, que llevaban lana desde Sevilla hasta los puertos vascos para embarcarla hacia Amberes. El trasiego de carros y diligencias que este comercio suponía y el paso por Baños del denominado Camino Real entre Valladolid y Burgos, calificado como carretera de primer orden, propició que en un descampado de las afueras se erigiera una venta, denominada venta de Rebollar, para restauración, descanso y pernocta de transeúntes, comerciantes, pasajeros y caballerías. Según el citado libro, esta venta fue creciendo en importancia, principalmente al ser declarada Casa de Postas, siendo el propio ventero el encargado del servicio de Correos de toda la zona, labor para la que contaba con hasta seis caballos de tiro; ello provocó que los vecinos de localidades colindantes se acercaran a la venta a depositar o a recoger correspondencia y aprovecharan para degustar el vino y las viandas. También llegó a ser centro de reunión de personajes relevantes de la vida pública española y extranjera.

La importancia de esta venta de Baños hizo que se convirtiera en el germen de todo un pueblo en constante crecimiento, el actual Venta de Baños. Hasta que en 1930 el Ayuntamiento se trasladó allí, desplazando como centro de referencia a Baños de Cerrato, aunque con la denominación de *Ayuntamiento de Baños de Cerrato, capitalidad Venta de Baños*. Una catalogación que duró hasta que el 1



La llegada del tren, en 1860, convertiría a Venta de Baños en un nudo ferroviario estratégico. En la imagen, una locomotora de vapor circula junto al monasterio de San Isidro de Dueñas (foto Ahppa, colección María Luisa Caballero).

de diciembre de 1977 el Consejo de Ministros aprobó el cambio de nombre oficial de *Municipio de Baños de Cerrato* por el de *Venta de Baños*, pasando Baños a ser el arrabal y no al revés, como había sido en origen.

Años antes, la importancia de este lugar como nudo de comunicaciones se había incrementado sobremanera con la aparición del ferrocarril, quedando en un segundo plano los desplazamientos en carro y diligencia. El tren llegó a Venta de Baños el 1 de agosto de 1860, de la mano de la compañía *Caminos de Hierro del Norte de España*. Ello significó el declive de la venta de Baños –el negocio se redujo a cantina y estanco, hasta que se extinguió y el edificio comenzó un inexorable deterioro– y el despegue de Venta de Baños, localidad caracterizada por su importancia en el ámbito ferroviario y el florecimiento de industrias –la azucarera, por ejemplo–, por las ventajas que propició el transporte ferroviario.

Como curiosidad, puede anotarse que la fonda ubicada en la propia estación del tren fue regentada por el hostelero francés Felipe de Calcinary por 3.526 reales anuales; y que en 1892 llegó como jefe de cocina José Pécker, cuyo nieto y bisnieta, José Luis Pécker y Beatriz Pécker respectivamente, serían conocidos periodistas de televisión.

En agosto de 2010 se conmemoró el 150 aniversario de la llegada del ferrocarril, siendo recreada la entrada del tren en Venta de Baños. Para ello fueron

empleados antiguos vagones tirados por *La Verraco*, la locomotora de vapor en uso más antigua de España –de 1887, actualmente utilizada para desplazamientos cortos de carácter turístico–, que transportó desde Valladolid hasta Venta de Baños a 150 personas ataviadas con trajes de la época. Aquel día se inauguró una placa recordando la efeméride, se celebró un concurso de la famosa *olla ferroviaria*, se organizó una exposición de maquetas de trenes, se presentó un vino etiquetado para la ocasión y se editó un matasellos recordatorio del aniversario. Todos estos actos fueron organizados por el Ayuntamiento y la Asociación Venteña de Amigos del Ferrocarril (AVENFER).

La citada olla ferroviaria, promovida por la Asociación de Atizadores Venteños, se celebra todos los años. Su origen fue el aprovechamiento que los fogoneros del tren hacían de las calderas de las locomotoras para cocinar la comida en una olla a fuego lento.

Una ley de 9 de agosto de 1937 indicaba que «las líneas férreas del Norte y del Noroeste entroncarán y bifurcarán, en lo sucesivo, en las inmediaciones de la ciudad de Palencia, por cuya razón se suprime la estación, bifurcación y entronque de Venta de Baños». La pretensión de esta disposición legal parecía ser

La importancia de su estación de ferrocarril hizo que Venta de Baños se desarrollase como un gran núcleo de población y un foco industrial (foto Elías Olea).









Junto al desarrollo económico y demográfico, el tren propició el asentamiento en Venta de Baños de numerosos trabajadores ferroviarios, que durante generaciones desempeñaron los diferentes oficios generados por el ferrocarril (fotos AVENFER).







Directivos y empleados fotografiados junto a la briquetera de Venta de Baños el 6 de marzo del año 1949 (foto AVENFER).



Numeroso grupo de trabajadores ferroviarios reunidos junto a las instalaciones de la estación de tren de Venta de Baños (foto AVENFER).

reforzar la importancia de la capital, en detrimento de la localidad venteña. Finalmente no se llevó a cabo y Venta de Baños continuó siendo el nudo ferroviario por excelencia, aunque la angustia laboral y por ende económica generada por tal anuncio no se la quitó nadie.

La Briquetera, El Piojo Verde y La Yeyé

Las primeras locomotoras del ferrocarril eran de vapor, lo que motivó que en 1930 se construyera en la localidad una briquetera, comenzando desde el año siguiente la elaboración de briquetas, bloques prensados con forma de ladrillo fabricados con una mezcla de brea y de hulla de las minas de Barruelo de Santullán que constituían el combustible para estas locomotoras. La llegada de las locomotoras de tracción eléctrica hizo que en 1964 la briquetera dejara de producir. En sus edificios se instalaron escuelas-taller y actualmente una parte alberga desde 2001 un centro cultural denominado *La Briquetera,* y la otra parte desde el 20 de enero de 2023 un Museo del Ferrocarril.

La importancia del ferrocarril en Venta de Baños ha decaído con la llegada del AVE, que carece de parada en la localidad, pero se ha plasmado en interesantes iniciativas museísticas. Desde principios de la década de los noventa del siglo pasado fue fraguando la idea por parte de AVENFER, hasta ser una propuesta asumida y patrocinada por el Ayuntamiento. Se trata del único museo público sobre el ferrocarril existente en Castilla y León, habiendo únicamente siete de estas características en toda España. En él se refleja la historia del ferrocarril, que es al mismo tiempo la historia de Venta de Baños. Consta de dos partes, una al aire libre y otra cubierta, y en él pueden verse paneles informativos, maquetas, uniformes de los trabajadores ferroviarios, herramientas, señales manuales, locomotoras y vagones de madera a escala, teléfonos, lámparas de carburo, agujas, maquinarias varias, botiquines… todo lo relacionado con el ferrocarril desde sus inicios.

Mención especial merecen *El Piojo Verde* y *La Yeyé*. El primero, denominado así por su color y su pequeño tamaño, es un coche mixto, vagón y máquina integrados formando una especie de autobús con la máquina de combustión separada de los viajeros por una simple reja. La segunda es una máquina diésel modelo 8300 que recibía ese nombre. La existente en el museo es a escala reducida, pero tira de tres vagoncillos en los que pueden montar los visitantes para dar una pequeña vuelta por los alrededores. La mítica locomotora *La Verraco* no está en el museo porque no cabe. Se encuentra en otra nave y la sacan en ocasiones señaladas, como las fiestas de Santa Rosa o la cabalgata de Reyes.



Imagen actual de la briquetera, fábrica construida en 1930 para suministrar combustible a las locomotoras de vapor (foto Miguel Ángel Novo).

José Luis Renedo Nieto, presidente de AVENFER, indica que pretenden que el museo sea dinámico, albergando exposiciones, proyección de audiovisuales e iniciativas de divulgación, a la vez que sirva para reivindicar la importancia de Venta de Baños como nudo de comunicaciones. En su inauguración fue descubierta una placa conmemorativa y se elaboró la típica olla ferroviaria.

Gorras y placas de la Segunda Guerra Mundial

Este museo fue ampliado el 2 de febrero de 2025 con una nueva sala para albergar las aportaciones entregadas por Domingo Alonso Diago, maquinista jubilado que tenía una colección de piezas muy importante, unas originales y otras réplicas, en las que ha invertido un verdadero dineral. Ahí pueden verse sobrestantes de vías y obras, lamparería, un maniquí de jefe de estación, cerraduras de seguridad para los cambios de agujas, señales de cola de los trenes, placas de numeración de locomotoras de vapor que informaban del número de ejes delanteros, traseros y acoplados por bielas con que contaba, silbatos, briquetas, manómetros, picos, indicadores acústicos, compostores (máquinas para imprimir en los billetes los datos de la fecha, el tren etc.), billetes de cartón, banderines, faroles, un poste kilométrico de 1857, fotos de la estación de Venta de Baños y de trenes, traviesas, carro de estación para consigna y equipajes, campanas y carnets de ferroviarios.

y le preguntaban por qué no la hacía su mujer, y le ofendía que le ofrecieran no guardar la cola. También se ofendía cuando las visitas le preguntaban por qué hacía las tareas de casa. Él, que tomaba todas las decisiones consensuadas con Emilia, no entendía la imposición del varón solo por serlo, y mucho menos los malos tratos, frecuentes en el vecindario y normalizados. Todo ello hizo que sus hijas, Marisa y Emma, digan que su padre fue el primer feminista que han conocido, y resalten los valores de respeto que siempre tuvo, arropando a una madre soltera, respetando cualquier creencia y cualquier comportamiento y orientación sexual. Un hombre adelantado a su tiempo.

Tuvo otra hija, Esperanza, la primogénita, pero falleció tan solo dos meses después de nacer debido a un error médico, lo que provocó el inicio de las depresiones de Emilia, que falleció dejando viudo a Luis con tan solo 53 años. Se quedó tuerto, tuvo cáncer, estuvo años con una bala de oxígeno hasta su fallecimiento en febrero de 2004.

Hermanos

El hermano mayor de Luis, Nicolás, alias *Pirriti*, era el sepulturero de Encinas. Baltasara, su hermana, protagonizó un hecho anecdótico muy sonado. En la década de los sesenta, en las fiestas de Encinas, San Roque, una mula se asustó con los ruidos de la celebración y se desbocó, cundiendo el pánico y sin que nadie fuese capaz de pararla. Llamaron a Baltasara, una mujer menuda –medía 1,55 metros– pero musculosa, acostumbrada a trabajos duros. Salió en busca de la mula y cuando estuvo frente a ella se quitó su chaqueta negra –siempre vestía de negro, aunque fuese agosto–, la volteó y la mula se paró en seco.

LOS CUADERNOS DE CELEDONIA GONZÁLEZ

Celedonia González Sanz nació en Royuela de Río Franco en 1914. Cuando tenía 12 años la maestra le dijo a su padre que solo le faltaba el título para ser ella la maestra, pues era listísima, y ya no le podía enseñar más. Tuvo seis hijos –aunque tres niñas fallecieron muy pequeñas, una de muerte súbita y dos de meningitis–, de los que cinco pesaron al nacer cinco kilos, y el otro seis. Con cada parto perdía cuatro piezas dentales; solamente le quedaron cuatro –*«para otro hijo»*, decía–. Durante la guerra su marido fue alistado y le tocó hacer a ella las labores de casa y el trabajo que habitualmente hacía su marido en el campo.

Era una gran imitadora, imitaba a todo el pueblo, tanto a hombres como a mujeres. Incluso había vecinos que iban a su casa a pedirle que imitara a su

madre o a su padre para recordarlos. Tenía respuesta espontánea y graciosa en todo momento. Por ejemplo, en una ocasión su marido le estaba comentando a un nieto que cuando uno se hace viejo pierde la vista, el oído, los dientes, los conocimientos… y ella saltó *«tú los conocimientos no los has perdido, porque no los has tenido nunca»*. Escribió al rey, a diputados, a ministros…, y recibía respuesta.

A los 60 años la artrosis obligó a operarla de las dos caderas. La operaron en Barcelona, donde vivían sus hijos, y permaneció allí tres años. En 1990 se quedó viuda y para no estar sola se estableció definitivamente en Barcelona. Pronto perdió movilidad y apenas salía de casa. Ese fue el motivo de empezar a escribir toda la historia de Royuela, recopilada en más de 30 cuadernos escritos a mano.

En ellos recoge lo que conoció, lo que le tocó vivir, los muertos, los nacimientos, las bodas, cómo se hacían las matanzas, cómo eran los entierros, las procesiones, todas las celebraciones –desde el año nuevo, los aguinaldos, la Semana Santa, las fiestas patronales de San Sebastián y San Pedro, etc.–, el trabajo en el campo, las labores de las mujeres –entonces muy diferenciadas de las de los hombres, aunque también ayudaban en las tareas del campo–, los sucesos, las costumbres, las anécdotas, etc.





A la izquierda, Celedonia González. A la derecha, Lucía Gutiérrez, hija de Celedonia, con varios cuadernos de su madre (fotos familia González).

Cuenta también la historia de su padre, Jesús González. Era el único que sabía leer en Royuela y por ello reunía a los vecinos del pueblo para leerles el periódico. Pero se quedó ciego y no pudo volver a hacerlo. Cuando se estaba quedando ciego no quiso decirlo, hasta que un día parió la burra y para asistirla acudió un veterinario, apellidado Coradas; tras el parto entraron en el comedor y Jesús le dijo a su mujer: *«llena el porrón de vino para que eche un trago Coradas»*, ante lo que el veterinario exclamó: *«pero Jesús, no me digas que no ves, que el porrón está lleno»*. Tuvo que admitir que no veía. Le operaron de los dos ojos y recuperó la visión.

Sobre los entierros aportó información valiosa, como el año en que se inauguró el cementerio, quien fue el primer enterrado, cómo se enterraba en zonas separadas a hombres, mujeres, niños (que iban al limbo), los que enterraban habiendo muerto sin confesar (no iban al cielo), etc. De las bodas era costumbre que, tras casarse y durante dos años, cada cónyuge comiera en casa de sus padres y se juntaran para dormir en la casa en la que hubiera una cama libre.

Relató lo que denominaban velar. Antes de disponer de luz eléctrica –no llegó a Royuela hasta 1951–, a partir de San Martín, que ya anochece muy pronto, y hasta febrero o marzo, cuando ya los días eran más largos, los hombres tras llegar del campo se comían el cocido y las mujeres se reunían en alguna casa para coser, hilar, tejer… y mientras tanto cantar, contar chistes o jugar a las cartas. Todo ello a la luz del candil, cuyas velas aportan el nombre de velar a esta costumbre. La electricidad la producía el molino, pero cuando molía no podía generarla y se quedaban sin luz, de forma que hasta los niños que nacían de noche lo hacían a la luz de un candil.

Las bromas de las cuadrillas, el aterrizaje inesperado de un aeroplano y un sinfín de temas están reflejados en estos cuadernos, en los que además añadió la letra de 600 romances y canciones antiguas que a la vez grabó en cintas de cassette, lo que provocó que etnógrafos, folkloristas o periodistas hayan acudido a Royuela a interesarse y a recoger material. Estuvo escribiendo hasta su muerte, en 2003, apoyada en una memoria prodigiosa. De estos cuadernos existen copias en la Biblioteca de Burgos, en el Ayuntamiento de Royuela y en la Junta de Castilla y León, donde las envió ella misma.

ROSINA

Los condes de Buendía, pertenecientes a la familia Acuña, residieron en Dueñas, localidad que convirtieron en feudo de su señorío en los siglos XV y XVI. No sin polémica, pues los vecinos de Dueñas se opusieron, tanto por vía armada como judicial, al citado señorío que les otorgó Juan II en 1439.



Celedonia González escribió a mano más de treinta cuadernos en los que recoge las costumbres y los recuerdos de su pueblo, Royuela de Río Franco. En la imagen superior, la celebración de las Pascuas en Royuela en 1944. En la foto inferior, un instante de las fiestas de San Pedro en el año 1949.



Por ello construyeron un palacio que constituyó su morada y que aún hoy se conoce como *palacio de los condes de Buendía*. Este inmueble se comunicaba con otros edificios; por ejemplo, con voladizos hacia las dependencias de la servidumbre. O con la iglesia del convento de San Agustín para poder escuchar la misa sin salir de casa, aunque dentro del propio palacio disponían de altar, ya que el condado tenía patronazgo sobre el convento. También con la plaza, para poder participar en fiestas, mercados y otras actividades desde casa. Disponía a su vez de caballerizas, fragua, cría de venados y otras actividades. Albergaba artesonados y antigüedades de gran valor.

Fue residencia de alcaldes y corregidores, lugar de reuniones conspirativas de nobles y magnates, así como escenario de importantes acontecimientos históricos. Aquí tuvo lugar el primer encuentro entre el futuro rey Enrique IV y su prometida Blanca de Navarra. También fue alojamiento de Fernando *el Católico* la víspera de su boda. Llegó disfrazado de arriero y tirando él mismo de los caballos, para no ser reconocido. La familia Acuña, emparentada con Fernando, apoyó a Isabel en su pugna sucesoria por el trono de Castilla. Ya casados, los Reyes Católicos también se alojaron aquí, donde nació su hija Isabel. Tras enviudar, en este palacio se casó Fernando en 1506 con Germana de Foix. Igualmente, albergó a Juana y Felipe *el Hermoso*, a su hijo Carlos V, a Felipe II, al príncipe de Gales, al duque de Medina Sidonia, etc.

Cuando la familia Acuña se quedó sin descendientes fue trasmitido a otros títulos nobiliarios y a raíz de la desamortización de Madoz vendido en 1841 a una familia eldanense, concretamente a Tomás de Cuadros, que pagó 55.000 reales por él. Pese a ser declarado Conjunto Histórico Artístico en 1967, en la actualidad se encuentra en estado de ruina, por lo que ha tenido que ser adquirido por el Ayuntamiento de Dueñas.

Este edificio cerrateño con tanta historia es en el que se desarrolló otra historia mucho más cercana y entrañable. La de Rosina. Rosina hacía las veces de ama del cura. Con la llegada de dos curas nuevos, reformaron la casa cural y hablaron con Faustino Cuesta, un hombre del pueblo, para que acogiera a Rosina en su casa, aunque la iglesia pagara una especie de alquiler por tenerla, ya que ella no disponía de dinero. Sin embargo, un nuevo relevo sacerdotal llevó a Dueñas a don Vicente, que se negó a seguir pagando el alquiler alegando que era una señora que no conocía de nada.

Minuca Cuesta, hija de Faustino, le compró a Rosina los enseres que tenía: un sillón de paja viejo, un rosario con seis misterios, decenas de misales, un libro sobre la historia de México, un diccionario con 200 años de antigüedad correspondiente a la primera edición que se hacía en un solo volumen (hasta entonces





Carlos V, que pasó por Dueñas en 1556 como recuerda un monumento de la localidad, fue uno de los ilustres personajes que estuvo albergado en el palacio de los Buendía. En la imagen superior, aspecto ruinoso que presenta el histórico edificio en la actualidad.

los diccionarios se publicaban en dos tomos), etc. En general cosas sin valor para Minuca –de hecho la mayoría de ellas las tiró–, pero que sirvieron de excusa para ayudar económicamente a Rosina. Finalmente hablaron con un familiar y la ingresaron en la residencia de Cevico de Torre para que estuviera allí atendida, hasta su fallecimiento.

MECENAS

El amor por sus pueblos, o por sus ancestros, ha dado lugar a bonitas historias de mecenas en el Cerrato. Uno de los primeros de los que este cronista tiene noticia fue Fray José García, adinerado clérigo de Renedo de Esgueva del siglo XVIII. Depositó su importante fortuna en dos cuentas bancarias para que los sustanciosos intereses que producían (500 pesetas al año cada una, un dineral en aquel tiempo) se destinaran unos a la conservación de la iglesia y otros para repartir entre los menesterosos del pueblo el día de *Nochebuena*.

DON PEDRO MONEDERO

El 18 de julio de 1898 fallecía don Pedro Monedero Martín, acaudalado prestamista cerrateño que impulsó y financió obras que mejoraron la vida en su pueblo,

SAN ANTÓN

El 17 de enero del año 356 fallecía Antonio Abad, a los 105 años de edad; había nacido el 12 de enero del 251 en las inmediaciones de Heraclépolis Magna, por lo que se le conoce también como San Antonio *Magno*, *el Egipcio*, *el Grande* o *el Ermitaño*. A los veinte años decidió vender sus posesiones y donar a los pobres el dinero obtenido, iniciando una vida de asceta en una cueva. Como monje católico, colaboró con otros ermitaños y comunidades monacales, fundando el movimiento eremítico. Finalmente se retiró al desierto viviendo en la más absoluta soledad, que solo interrumpió para predicar contra el arrianismo en Alejandría. Fue canonizado y se le conoce como San Antón.

En torno a su figura existen muchas leyendas. Una de ellas cuenta que estando en el desierto fue objeto de tentaciones demoníacas. Otra que curó la ceguera de unos jabatos y desde entonces la jabalina madre, que se había aproximado a él como suplicando su intervención, no se separó de su lado y le protegió de los ataques de otras alimañas. Otra más relata que visitó al afamado Pablo *el ermitaño*, al que alimentaba un cuervo llevándole una hogaza de pan todos los días, y desde esa visita el cuervo pasó a llevar dos hogazas diarias, para alimentar a ambos. Cuando Pablo falleció, Antonio lo enterró con la ayuda de varios animales, entre ellos dos leones. Por todo ello se le considera patrón de los animales y de los sepultureros.

La Orden de los Caballeros del Hospital de San Antonio (conocidos como *Hospitalarios* y *Antonianos*), bajo su advocación, se especializó en el tratamiento de enfermedades contagiosas, venéreas y ergotismo. Por eso también es patrón de quienes padecen esas enfermedades, además de los amputados, los tejedores de cestas, los fabricantes de cepillos, los carniceros, los ermitaños, los monjes, los porquerizos, y de la isla de Menorca. Una amplia relación de patronazgos. Se le suele representar con un hábito negro, la cruz de Tau y un cerdo a sus pies.

Su festividad se celebra el 17 de enero, fecha de su fallecimiento, y ha generado curiosas costumbres en el Cerrato. Era un día festivo, ya que casi todos los vecinos tenían ganado. Se bendecía a los animales, y a los de trabajo (caballerías) se les concedía fiesta eximiéndolos de su labor, dándoles una comida especial y adornándolos con collares de cascabeles; los niños, que en muchas localidades no tenían colegio ese día, recorrían las calles llevando colgados del cuello los cencerros del ganado. Por eso en Alba de Cerrato las chicas se burlaban de los chicos diciendo que San Antón era el santo de los chicos. En esta misma localidad el mulero sacaba al campo toda la caballería del pueblo y se celebraba la carrera de San Antón. En Venta de Baños y en Fuentes de Valdepero la carrera era de burros.



El día de San Antón, el 17 de enero, era una jornada festiva en la que se bendecía a los animales y a las caballerías se les dispensaba del trabajo, se les proporcionaba una comida especial y se les adornaba con collares. En la imagen, dos caballerías adornadas en Tabanera de Cerrato (foto Ahppa, colección Belén).

En Esguevillas de Esgueva, donde a esta fecha le llamaban el *día de los burros*, los niños sí iban a la escuela pero no tenían clase: acudían con esquilas y cencerros al cuello y el maestro los sacaba de paseo al campo, como que era el pastor que llevaba un rebaño, atravesando de esa guisa el pueblo haciendo *clin, clin, clin* con los cencerros.

En Villanueva de los Infantes los chicos jóvenes ponían cencerros a los burros y corrían con ellos por las calles cantando coplillas irónicas con las mujeres. Lo mismo ocurría en San Martín de Valvení, pero con coplillas muy picantes. Un hombre, Simón, fue llevado al calabozo por una de ellas. Las coplas eran frecuentes en muchos pueblos, aludiendo al *Glorioso San Antón*. La que entonaban en Castronuevo de Esgueva hacía referencia a la holganza de los animales ese día:

San Antón de enero
huelga la mula
y trabaja el mulero

En Villarmentero de Esgueva decían refranes y luego hacían lo que denominaban *choriza*, una merienda con chorizos que preparaban las madres. En Villafuerte de Esgueva adornaban a los burros y a los gatos domésticos. En Cevico de la Torre los chiquillos montaban en caballerías engalanadas que recorrían las calles de la localidad e incluso iban a pueblos de alrededor. En Baltanás era típico ofrecer naranjas a una talla de un gorrino en la ermita de la Virgen de Revilla y después rodarlas por la ladera. Además besaban el culo a la talla.

En Antigüedad hacen hogueras. Antes hacían una en cada barrio, con leña del monte que los chicos llevaban en carros o arrastrándola con un burro. Escondían los troncos más gordos para que no se los robasen los de otros barrios, ya que se encendían todas a la vez y rivalizaban para ver qué barrio la hacía más grande y duradera. En la actualidad hacen una única hoguera, en la plaza, y en ella asan patatas, carne, chorizo... e incluso al terminar se llevan rescoldos para calentar las glorias.

SAN BLAS

En Armenia existió a finales del siglo III un médico llamado Blas. Ejercía su profesión con tal prestigio que sus pacientes le secundaban incluso en sus creencias religiosas, que manifestaba abiertamente –él mismo era obispo de Sebaste–, por lo que muchos de ellos se convirtieron al cristianismo. La persecución de Diocleciano a los cristianos provocó que se refugiara en una cuerva en el monte, de donde salía por las noches para echar una mano a otros perseguidos, y en torno a él se tejió una leyenda popular. Los animales de la montaña acudían a la cueva para que Blas les curase las enfermedades y las heridas provocadas por su vida salvaje. Incluso en una ocasión tuvo que espantarlos para que huyesen, ante la proximidad de una partida de cazadores. Tras ser detenido, ante su negativa a abandonar la fe y abrazar el paganismo, fue sometido a martirio y condenado a muerte. Primero fue arrojado a un lago, pero milagrosamente permaneció de pie sobre las aguas, por lo que se ordenó su decapitación. En el camino al cadalso se le acercó una mujer desesperada porque su hijo pequeño, al que llevaba en brazos, se estaba asfixiando por una espina clavada en la garganta. Blas le curó milagrosamente, tan solo poniendo sus manos en la cabeza del infante e invocando a la divinidad. Este milagro es el que hace que se le considere protector de los enfermos de garganta y patrono de los otorrinolaringólogos. Su decapitación, en el año 316, desató una oleada de fervor, construyéndose decenas de templos en su honor y sucediéndose milagros en forma de curación a los fieles que le invocaban.

El día de su festividad se celebra en febrero, aunque variando de fecha según sea en occidente (día 3) o en oriente (día 11). Por ello, el 3 de febrero se bendicen

velas en su honor al tiempo que se le invoca para que interceda librando de las enfermedades de garganta. Si algún niño estaba aquejado de garganta las madres imploraban: «*San Blas bendito, que se ahoga el angelito*».

Tortas bendecidas

El Cerrato no es ajeno a San Blas y varios pueblos celebran su festividad. Es el caso de Cubillas de Cerrato, Villalobón, Hornillos de Cerrato o Cabezón de





Cofrades de San Blas en Cubillas de Cerrato. En la imagen superior, grupo de cofrades con la imagen de San Blas en el interior de la iglesia. En la foto inferior, salida en procesión desde el templo de la localidad.

Pisuerga –donde se disfrazan, comen tortilla, escabeche, aceitunas y torrijas, y rememoran la batalla contra los franceses en la que fue volado el puente de la localidad–. En alguna de estas poblaciones hay cofradía de San Blas.

En Cubillas los cofrades visten con capa castellana durante los tres días que dura la fiesta, en los que tiene especial importancia la gastronomía. Todas las comidas y cenas se celebraban en el domicilio del mayordomo de la cofradía, aunque en la actualidad se acude a restaurantes de localidades cercanas. Se bendicen tortas, para comerlas el día de vísperas junto con castañas cocidas y vino, y para cenar revuelto de huevos con chorizo y ensalada. Tanto el día de la fiesta como el siguiente quedaban a las ocho de la mañana para *tomar la parva* (una copita de orujo con pastas, tradición heredada de los viticultores que hacían orujo con alambiques y lo tomaban con pan antes del desayuno), almorzar chanfaina y comer cordero. De postre, orejuelas en todas las ocasiones, mientras las sobremesas se prolongaban con juegos de cartas.

Ese día, los monaguillos pugnaban por ser los elegidos, pues eso les permitía luego acudir al domicilio del mayordomo a comer torta y castañas. Gonzalo Ortega Aragón, cubillero y maestro de periodistas, me lo contó desde las dos perspectivas, ya que primero fue monaguillo y después cofrade. Para los niños, San Blas era el día de las tortillas. Sus madres les preparaban un fardel con una fiambrera en la que iba la tortilla, un trozo de pan y una gaseosa de las de cierre de bola, y se iban a comerlo al campo.

El día de vísperas, por la noche, los cofrades voltean las campanas y a continuación dan tantos campanazos –un único golpe de sonido fuerte– como número de cofrades hay. Ese golpeo, unido a la oscuridad de la noche, confiere una sensación especial. El día de la fiesta pasean por todo el pueblo la reliquia de San Blas –*o presunta reliquia*, en palabras de Gonzalo Ortega Aragón– para besarla.

Hace años, al terminar la misa el cura hacía una cruz griega con dos velas y la colocaba sobre la garganta de los feligreses al tiempo que entonaba «*Per intercessionem Sancti Blasii*» en latín, ya que hasta 1962, con el concilio Vaticano II, no estaba permitido el uso de las lenguas vernáculas en los ritos eclesiásticos.

En carro a hacer rosquillas

En Villalobón la cofradía de San Blas fue fundada en el siglo XVI, llegando a poseer propiedades inmobiliarias y ganaderas. Un hombre apellidado Ibáñez, natural de Villalobón y participante en los Tercios de Flandes que tenía su base en Nápoles, tras regresar al pueblo instauró la tradición del revoleo de la bandera en estas fiestas. Tras un tiempo desaparecida, esta cofradía fue refundada en 1898.



Celebración de San Blas en Cabezón de Pisuerga en los años sesenta. Aparecen, entre otros, Gloria Casas, Conchi Alonso, Aurelia Mozo, Olga García, Pili Reguero, Ezequiel Ontiyuelo, Elia Alonso, Mari Alonso, Juan Carlos Santamaría, María José Pérez, Eva García, Olvido García, Rosi Ceballos, María José Paramio, Consuelo Fernández, Pilar Ortega e Isabel Ortega (foto cedida por el Ayuntamiento de Cabezón de Pisuerga).

Antiguamente, el día de la fiesta acudían en carros tirados por mulas a Fuentes de Valdepero, donde había un horno en el que elaboraban rosquillas, que después un sacerdote bendecía para que al comerlas se protegiera la garganta. Ya que iban, aprovechaban el viaje para hacer también otros dulces y pan.

Cada año, cuatro miembros de la cofradía se encargaban de *dar el gasto*, que consistía en atender a cuerpo de rey al resto de cofrades: cocinaban para ellos, los llevaban al Ayuntamiento, etc. Igualmente, atendían a los dulzaineros y a la Guardia Civil, alojándolos incluso en sus casas, cuando los rudimentarios medios de transporte no les permitían regresar a sus domicilios.

La fiesta contaba con gran afluencia de gente de pueblos cercanos, que acudían en una especie de romería. Ese día, era típico cocinar besugo para agasajar a los forasteros. Se hacían procesiones con el santo, tanto nocturna como diurna, el revoleo de la bandera y otros actos festivos como pronunciar versos en el salón del Ayuntamiento ataviados con la vara y tocando el tamboril, que aún continúan celebrándose pero en menor medida. Entre otras razones porque San Blas dejó

Enfermedades, depredadores y apiterapia

El trabajo de los apicultores cerrateños es enorme, equiparable al de cualquier ganadero. Han de mantener limpias las colmenas para evitar enfermedades, desinfectar, tener en buen estado los cajones, segar los colmenares para que nos les invadan las ortigas, recolectar la producción, etc. Los apicultores que cuentan con un número elevado de colmenas son considerados titulares de una explotación empresarial, con sus obligaciones de control veterinario y con un libro de registro con altas y bajas de las colmenas, de los tratamientos llevados a cabo, de la producción obtenida o de la alimentación complementaria aportada.

A su vez, tienen obligación de hacer tratamientos periódicos contra la verroa, un ácaro que chupa la hemolinfa de las abejas, equivalente a la sangre humana, debilitándolas y haciéndolas vulnerables ante cualquier virus. Otras enfermedades de las abejas son el loque (bacteria contagiosa que afecta a las larvas y las descompone, por lo que necesitan mucha limpieza y desinfección) y el pollo escayolado, un hongo que las momifica.

Además de las enfermedades, otro peligro para las abejas son los depredadores. Los abejarucos cada vez que pasan volando cerca de una colmena comen abejas, y provocan que el resto, por miedo, se metan en la colmena y no salgan. Otros depredadores son los tejones; se frotan contra las colmenas para rascarse y las vuelcan, o abren la tapa de la colmena para comer el alimento que hay en su interior.

También las abejas pican a las personas cuando se sienten amenazadas, lo que puede ser un arma de doble filo: puede resultar simplemente molesto, o puede llegar a causar la muerte si quien sufre la picadura es alérgica…; por el contrario, puede causar inmunización e incluso efectos positivos, ya que el aguijón de las abejas es un compuesto químico con aplicaciones medicinales como analgésico. Por ello, muchos apicultores provocan ser picados, estando preparados para sacarse el aguijón en pocos segundos. Es lo que se llama apiterapia.

EPIDEMIAS Y SUCESOS NATURALES

LA PESTE

El Cerrato se ha visto asolado por terribles epidemias de peste. A mediados del siglo XIV una epidemia de peste negra provocó una gran mortandad y la despoblación de muchas aldeas. Los siglos XVI y XVII también fueron duros en este sentido. En 1783 se desató una epidemia en la zona de Valdecañas debido a la putrefacción del agua estancada después de desbordarse los cauces por una inundación. La reiteración de epidemias provocó que en muchas localidades cerrateñas se hiciera habitual el toque de campanas para tratar de ahuyentarlas, al igual que se hacía con los nublados. Hasta el punto de que en Cevico de la Torre las propias campanas presentaban una inscripción en latín en letra fundida que decía «ahuyento las pestes, divido las tempestades, convoco a los fuegos, convoco a la oración».

En muchas iglesias, tras los funerales por los fallecidos por la peste se encalaban las paredes, para sanear y evitar contagios. Por eso, cuando se han efectuado reformas en los templos se han encontrado paredes muy gruesas con capas y capas de yeso.

EL CARRO DE LEÑA DE VALBUENA DE DUERO

Las epidemias han dejado hechos e incluso celebraciones reseñables. En la Edad Media, debido a estas epidemias se quemaban ropas y enseres de los enfermos, para purificar; sobre todo se quemaban en una pira hecha con enebro, cuyas ramas tienen fama de poseer propiedades curativas. Valbuena de Duero sufrió una de esas epidemias, teniendo que encerrar a los enfermos en la ermita para evitar su propagación. Los propietarios de un monte aportaron madera de enebro para quemarla y hacer que el humo contribuyera a frenar la enfermedad.

Esa hoguera ha quedado como tradición festiva, con el nombre de *El carro de leña de Valbuena de Duero*, documentada desde el siglo XVII. La tarde del 15 de agosto los mozos van al monte de San Bernardo a cortar las ramas de enebro. Para ello engalanaban mulas o machos y un carro (en nuestros días cada vez más un tractor y una galera, ya que van quedando pocas mulas). Al anochecer



En Cevico de la Torre tañían las campanas para ahuyentar la peste (foto Miguel Ángel Novo).

regresan. Llenan el carro a rebosar, con el reto de que al llegar al pueblo la altura de la carga les imposibilite pasar por el arco de la plaza y tengan que bajarse a desparramar ramas de enebro. Por el camino, desde el monte hasta el pueblo, los jóvenes van bebiendo vino de un garrafón y tirando caramelos a los vecinos que les esperan concentrados junto a la ermita de San Roque dando vítores al santo, patrón protector de pestes y epidemias, y rezando un Padrenuestro por los difuntos. El alcalde realiza dos disparos con una escopeta para que las mulas reanuden la marcha, y la comitiva continúa hacia el pueblo con el acompañamiento de dulzaineros. Luego, en la plaza, a las doce de la noche del día 15 (las 00 horas del día 16, cuando comienza el día de San Roque) encienden la hoguera, al tiempo que voltean las campanas tañendo a fuego, y la gente baila mientras el fuego consume la leña para que el enebro purifique el aire.

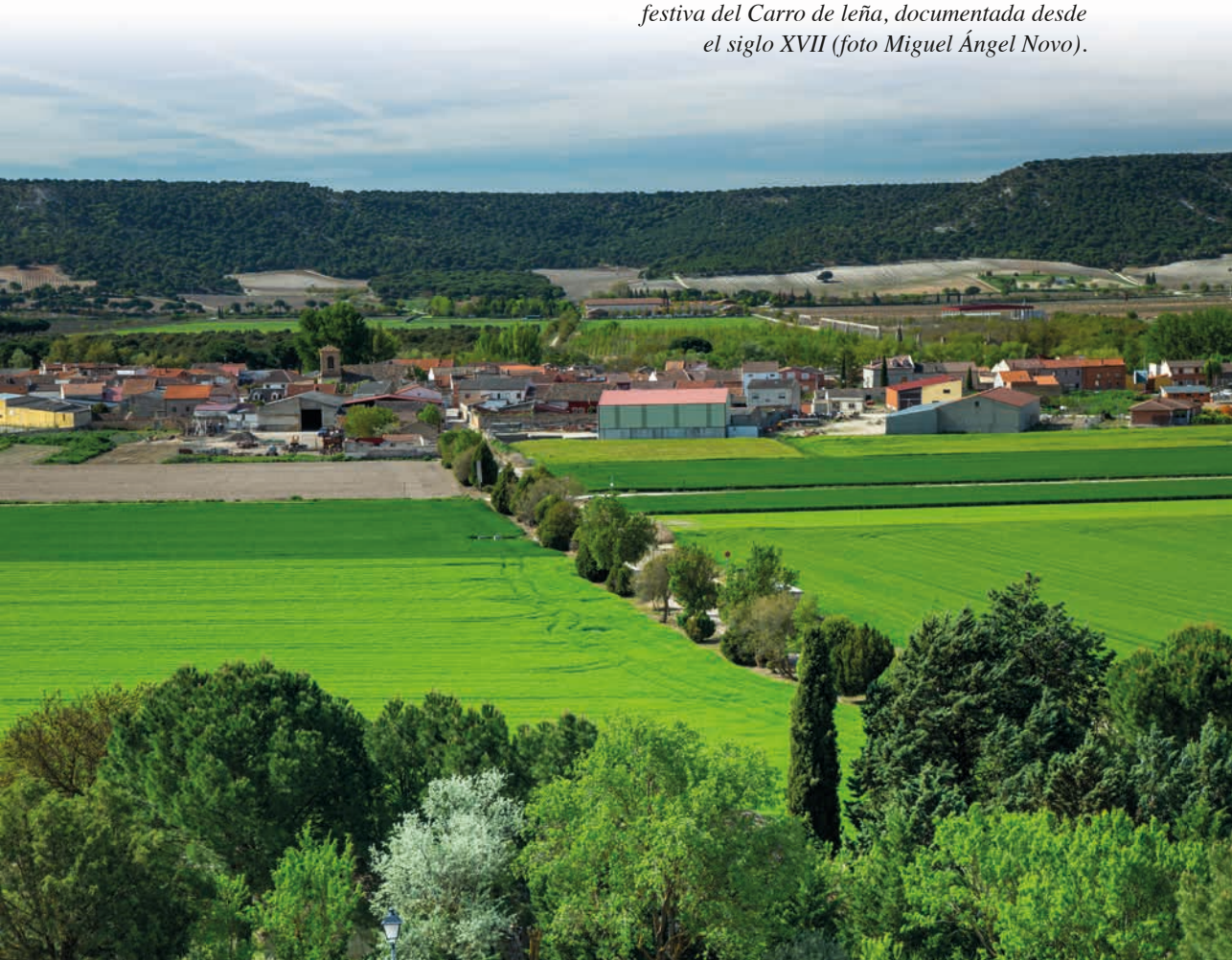
Un año se presentaron allí responsables de ICONA para imponer una sanción, ya que está prohibido cortar enebro por ser considerada una especie protegida. Pero los vecinos aportaron copia de un Decreto Real de Carlos III fechado en 1736 que establecía que ese enebral estaba gravado con un carro de leña que anualmente debía llevarse a Valbuena de Duero para quemarla y así desinfectar el aire, pues eran los años del cólera. Este Decreto Real apareció a mediados del siglo XX al construirse un pueblo nuevo, San Bernardo, y hacerse escritura de compraventa

sobre la finca que alberga el enebral por parte del Instituto Nacional de Colonización para trasladar allí a los habitantes de Santa María de Poyos (Guadalajara), localidad que a mediados del siglo XX quedó sepultada bajo las aguas de los embalses de Entrepeñas y Buendía. No obstante, desde entonces se cogen solamente las ramas del enebro, no los troncos como antes, para preservar la especie.

EL CÓLERA EN EL VALLE DEL ESGUEVA

En 1885 el cólera asoló las localidades del valle del Esgueva. Al parecer lo trajo el barco mercante *Buenaventura,* que atracó en Alicante a finales de 1884 y lo propagó por toda la península, causando unos 120.000 fallecimientos. El valle del Esgueva reunía condiciones propicias para la propagación; los problemas de encauzamiento de este río provocaban inundaciones y proliferación de insectos, lo que junto a que los vecinos lo usaban como lavadero e incluso como vertedero,

Valbuena de Duero, pueblo que celebra la tradición festiva del Carro de leña, documentada desde el siglo XVII (foto Miguel Ángel Novo).





Esguevillas de Esgueva fue la localidad vallisoletana más afectada por la epidemia de cólera de 1885, al contraer la enfermedad seis de cada diez habitantes (foto Miguel Ángel Novo).

lo convertía en una auténtica cloaca. Su discurrir por un valle a cielo abierto hizo que la epidemia encontrara vía libre para su expansión por todas las localidades cerrateñas que componen esta arteria orográfica. También contribuyó que, al ser pueblos agrícolas y ganaderos, proliferaban restos y heces de animales, e incluso humanos, ya que faltaba el saneamiento y el agua corriente. Y más en época de cosecha, con los agosteros diseminados por el campo y conviviendo con el ganado equino y los insectos.

Con todo ello, la propagación de la epidemia fue meteórica, registrándose cientos de contagios. De hecho, Esguevillas de Esgueva, donde se dio el primer caso el día 1 de agosto, fue la localidad más castigada de la provincia de Valladolid, viéndose afectada más del 60% de una población de poco más de 1.000 habitantes. Hubo decenas de fallecimientos, entre ellos el médico titular, Alberto Valverde, y su sustituto, Gencio Santillana, por lo que tuvieron que contratar un tercer galeno. Como casi todas las catástrofes, también esta peste fue clasista: afectó en menor medida a los más adinerados, debido a que disponían de más medios de higiene.

Con una canícula de más de 43 grados de temperatura, Esguevillas se convirtió en un pueblo abrasado por el calor e impregnado por el olor del azufre y

del ácido fénico utilizados como desinfectantes en las hogueras con las que se pretendía destruir las ropas usadas por los enfermos. En el pueblo imperaba una triste sinfonía compuesta por el tañido a muerto de las campanas, los misereres de las comitivas fúnebres, las campanillas de los monaguillos acompañando al cura a dar la extremaunción a los enfermos (pero no la comunión, por miedo al contagio), el llanto de las familias y el siniestro rodar de las carretas que trasladaban los cadáveres al cementerio, que se saturó, teniendo que ser clausurado y construyéndose uno nuevo.

Los barruntas y Ventura

La gravedad de la epidemia en Esguevillas hizo que se designara a varias personas, denominadas *barruntas*, a las que se encomendó una labor muy ingrata: recorrer el pueblo para detectar las casas en las que se escuchara llorar, símbolo inequívoco de que allí había algún miembro afectado. Los *barruntas* tenían permiso para entrar y llevarse a los enfermos de inmediato, para evitar nuevos contagios. Los llevaban a un lazareto, una especie de hospital de coléricos que se levantó también en otras localidades cerrateñas, como Renedo de Esgueva o Baltanás, y que en realidad era una especie de depósito de agonizantes en espera de la muerte o de una poco probable curación. Por tanto, allí se agolpaban moribundos junto a cadáveres de personas que habían dado ya su último estertor.

Castrillo Tejeriego sufrió los efectos de las epidemias de fiebre amarilla y cólera en el siglo XIX, así como la denominada gripe española de 1918 (foto Miguel Ángel Novo).

